

Discurso de la Directora General de la UNESCO
Señora Irina Bokova
en ocasión de la Ceremonia de Recepción del Grado de
Doctor Honoris Causa
de la Pontificia Universidad Católica del Perú
en el Auditorio del Campus de Pando
Lima, 22 de febrero del 2001

Señor Rector, Dr. Marcial Rubio,

Señor Secretario General, Dr. René Ortiz,

Señor Director de IDEI, Dr. Fabián Novak,

Señoras y señores profesores:

Mucho agradezco su amable recibimiento y les hago patente mi gratitud por esta distinción. Es un honor estar hoy aquí en su compañía y en vuestra ilustre Universidad, que fue creada en 1917.

En esta señera Universidad, espacio de educación y de cultura, al iniciar estas palabras, con su venia, deseo rendir un merecido homenaje a tres peruanos excepcionales (entre otros) y quiero comenzar mencionando a un gran amigo de la UNESCO, don Javier Pérez de Cuellar.

Don Javier señaló un hito en la historia de nuestra organización al presidir la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, al concluir su brillante gestión al frente de las Naciones Unidas. El hoy conocido como "Informe Pérez de Cuellar" fue la vanguardia para numerosas acciones de la UNESCO en materia cultural, y sigue siendo una referencia obligada por igual para quienes laboramos en la UNESCO, como para los estudiosos contemporáneos. El informe, un documento cuyas premisas siguen siendo de avanzada, entre otros

notables aspectos alerta sobre los peligros de la globalización de la cultura y contiene valiosas pautas para establecer derechos culturales de aplicación universal.

Este 2011 se ha cumplido, en enero pasado, el centenario del nacimiento de uno de los más refulgentes escritores del Perú, país de notabilísimas plumas. No abundaré en la conocida vida y obra de José María Arguedas, cuya amplia producción literaria es harto sabida, pero sí diré que la UNESCO ha estado asociada a la conmemoración de su centenario.

Y al hablar de un gran escritor, no puedo dejar de mencionar a otro, don Mario Vargas Llosa, de quien he leído una bellísima frase, precisamente de Arguedas, que sintetiza maravillosamente a este hermoso y culto país, Perú: "país de todas las sangres".

Los acontecimientos de la actualidad nos confirman cada día la rapidez de las mutaciones en el mundo moderno.

Internet revoluciona la cultura, la educación, las ciencias, la diplomacia. Todos los ámbitos de competencia de la UNESCO sufren transformaciones. Nuestra forma de pensar, de proyectarnos hacia el futuro, ha sido modificada.

En unas cuantas semanas, la juventud tunecina y, más tarde, la egipcia han acelerado el curso de la historia. Sus movimientos han encontrado ecos a escala planetaria, mucho más allá de las fronteras nacionales.

La juventud se movilizó e hizo valer sus derechos, en parte gracias a las nuevas tecnologías; al otro lado del planeta, otros jóvenes siguieron la actualidad en tiempo real. Otros los imitan y se movilizan.

Los nuevos medios de comunicación han creado un espacio público mundial para dialogar, pero también para reaccionar. Han dado a luz una opinión pública planetaria, más conectada y más consciente de sí misma.

Esta novedosa situación hace emerger numerosas cuestiones sobre las identidades y sobre el devenir de las culturas, incluyendo cuestiones de índole personal. Nos estamos confrontando a una mucho mayor diversidad de costumbres, de hábitos y ello no solo a nivel de los Estados, sino al interior mismo de las sociedades. Aún no sabemos dónde hallar referencias estables.

La ciudad de Lima podría ser el sitio ideal para tratar de comprender lo que está hoy en juego. Esta ciudad y este país fueron el escenario de la primera gran movilización de la historia en el siglo dieciséis. Si deseamos entender qué hay de específico en nuestra mundialización, tendríamos que ponerla en perspectiva con lo que ocurrió en aquella época.

El Perú se encontraba en el corazón mismo de lo que fue el más grande encuentro de mundos en toda la historia de la humanidad. Los grandes descubrimientos revolucionaron la conciencia que los hombres tenían de sí mismos. También pusieron en contacto a civilizaciones que se ignoraban y que se desarrollaban cada cual por su lado, en una y otra parte del océano.

Este descubrimiento dio origen a un cruce irreversible de poblaciones. Las ideas, las riquezas y los hombres circularon por todo el globo. Del puerto del Callao, en Lima, las naves de la flota del Perú partían rumbo a México, de allá a La Habana, a las Azores con destino a Sevilla. En su trayecto, se cruzaban con los galeones de Manila que, partiendo de Acapulco, se dirigían hacia las Filipinas y China.

Esta conexión de mundos representó un enorme reto para el humanismo de la época. Los estudiosos se preguntaban cuestiones cruciales, como saber si "el otro", con sus diferencias, era un hombre, un salvaje o un dios. Desde entonces hasta el siglo veinte, el humanismo se ordenó en torno de una pregunta central: ¿qué es el hombre?

Nuestra situación ha cambiado. Nuestra mundialización no es la misma que la de los tiempos de Pizarro y hoy tenemos frente a nosotros problemas inéditos, de una intensidad igualmente inédita.

Ya no estamos más en la era de los descubrimientos ni en la era de la toma de contactos. Hemos pasado claramente a un estadio de "colectividad". Los desafíos migratorios, climáticos o financieros son a escala mundial y ameritan soluciones colectivas. Las emanaciones de las fábricas en los confines del planeta afectan directamente la fundición de los glaciares de la cordillera de los Andes.

Esta novísima situación ha modificado igualmente el sentido del humanismo contemporáneo y del humanismo que nos espera.

La apuesta no consiste en ensanchar la comunidad humana en nuevos "especímenes humanos", en nuevas tribus hoy desconocidas. La apuesta consiste a partir de ahora en vivir juntos, respetando

todas las diferencias. No se trata de una cuestión de definición sino de integración.

El nuevo humanismo deberá definir un modo de gobernabilidad que permita a mujeres y hombres reunirse y actuar juntos en su diversidad.

El nuevo humanismo supone dotar a todos los medios para participar en un diálogo mundial. Se trata de dotar a cada cual, niña o niño, con una educación de calidad para que puedan dar a conocer sus ideas y sus opiniones.

El nuevo humanismo implica también comprender que el hombre no puede pretender más ser "el amo y señor de la naturaleza", como pensaba Descartes. El nuevo humanismo debe proteger la biodiversidad ligada a la diversidad cultural, so pena de que esta desaparezca.

La mundialización nos ha acercado mucho, nos ha hecho más solidarios. El diálogo, la cultura, la razón dan algunas respuestas, pero no todas. Sin embargo, las sequías, los cambios sociales, la gestión del agua, las crisis económicas amenazan la paz y la dignidad humana tanto como los conflictos o el fanatismo. Los llamados al diálogo no nos proporcionan soluciones. La razón, y solo ella, es capaz de entender la igualdad entre los hombres, pero no es suficiente para establecer una fraternidad. El gran desafío del humanismo, hoy por hoy, consiste en identificar las condiciones para una fraternidad activa y de pasar de un humanismo meramente intelectual, a un humanismo práctico.

Este es más complicado de lo que parece.

Este contexto y esta necesidad novedosa de trabajar unidos es lo que explica parcialmente la vigencia de los debates sobre el multiculturalismo, que tienen lugar en el mundo actualmente.

Este debate a menudo ocurre en la confusión, pues mezcla cuestiones culturales con aspectos étnicos, religiosos y con los derechos económicos y sociales de los individuos.

Por una parte, tomamos conciencia de la necesidad de proteger la diversidad que es una riqueza de la humanidad, y que es tan importante en el contexto cultural como lo es la biodiversidad en el campo natural.

Por otro lado, debemos hacer valer el respeto a los valores comunes, en particular los derechos humanos y la capacidad de los individuos para escoger. La Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, adoptada en noviembre del 2001, lo dice claramente: "Nadie puede invocar la diversidad cultural para atentar contra los derechos humanos". El escritor peruano Mario Vargas Llosa, premio Nobel de Literatura, lo ha expuesto de manera radical cuando evoca la emancipación humana de la tutela que ejerce el espíritu de clan, el instinto tribal.

Esta gobernabilidad concreta de la diversidad es el desafío más importante de este incipiente siglo. Es exactamente a este nivel que la UNESCO interviene y, así, reforzamos la cooperación internacional en los campos sin los cuales no habría comunidad humana posible: la educación, las ciencias, la cultura, la comunicación y la información. Los acuerdos políticos y económicos, solos, no bastarán jamás para organizar la diversidad del mundo. Únicamente podrá existir la paz y la prosperidad sobre la base de una cooperación intelectual y moral de la humanidad. Los primeros humanistas llevaron a cabo esta cooperación al nivel de una ciudad, nosotros deberemos realizarla a nivel mundial.

Los países mejor preparados para hacer frente a este reto son los que han aprendido a manejar su propia diversidad.

Desde este punto de vista, la diversidad del Perú es una oportunidad única para anticiparse a las mutaciones del mundo actual.

El Perú bien conoce la diversidad cultural, pues de ella se ha enriquecido a través de una historia milenaria. Conoce también la diversidad étnica y lingüística pues en el país se hablan 70 dialectos distintos. Posee una de las biodiversidades más importantes del planeta. Su crecimiento económico le proporciona amplios márgenes de maniobra para invertir a largo plazo.

Esta diversidad otorga al Perú una relevante ventaja comparativa en el debate de la nueva gobernabilidad mundial. No es casualidad que en el 2001 en Perú se adoptara una iniciativa visionaria en el campo de la cultura, pues el Perú comenzó el proceso para inscribir el Sistema del Camino Andino en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.

El Qhapac Ñan es una colosal realización del genio humano en uno de los ambientes naturales más hostiles del mundo. Los incas entrelazaron las redes de caminos construidos 2000 años antes que ellos. Esta prodigiosa unificación territorial a escala del continente es

un símbolo maravilloso y ella se realizó en menos de un siglo, sin contar con la rueda y sin otra fuerza motriz que la humana.

Podrán decirme que una inscripción en la Lista del Patrimonio Mundial no cambia gran cosa el curso de la paz o del desarrollo.

No es así. A la iniciativa peruana se han unido Argentina, Chile, Bolivia, Colombia y Ecuador. Estos seis países se comprometieron, en diciembre del 2010, a someter, conjuntamente, este legado común para ser inscrito en la Lista del Patrimonio Mundial.

No se trata, pues, de inscribir sitios nacionales aislados, sino de proteger unidos un legado compartido. Un plan de gestión integrado será puesto en marcha para salvaguardar, simultáneamente, el patrimonio natural, cultural e inmaterial, es decir, las tradiciones locales y autóctonas. El Qhapac Ñan es un modelo de integración.

Independientemente del resultado, este proyecto ha reunido a cientos de expertos con miras a armonizar las técnicas de conservación, edificar una lectura común de la historia e intercambiar saberes sobre buenas prácticas. Esta iniciativa es testimonio de la capacidad de la cultura para unir a los pueblos, y puede convertirse en un modelo para la cooperación cultural futura, para proyectos a escala de continentes enteros, por ejemplo, en los países del Sahara, del Danubio o en los parques naturales compartidos.

A partir de mi elección al frente de la UNESCO, no he cesado de abogar por una visión de la cultura (inspirada por el distinguido embajador Pérez de Cuellar) como vector del desarrollo económico y social, como instrumento político de integración. Esto es también válido para la educación, las ciencias y la comunicación. Todos los días constatamos a qué punto los proyectos de la UNESCO son la levadura para construir el espacio común al que todos aspiramos.

Muchas gracias.